

ROBERTO GONZALEZ (1939). Profesor de Teoría de las Relaciones Internacionales en el ISRI.

El rival del gigante

El libro examina la expansión de las relaciones entre la URSS y América Latina, y recomienda a los Estados Unidos aprender a convivir con esta nueva presencia hemisférica

Si algo demuestra claramente el sobrio y documentado estudio del profesor Cole Blasier,¹ politólogo y latinoamericanista de la Universidad de Pittsburgh, sobre las actuales relaciones entre la Unión Soviética y América Latina, es el anacronismo y la obsolescencia de la “teoría” conspirativa de la época de la “guerra fría”, hoy, voceada por los más extremos representantes de la administración Reagan, que pretenden ver la mano del Kremlin tras todas las convulsiones sociales y políticas en el subcontinente.

Pionero del intercambio soviético-norteamericano en el estudio de América Latina, Blasier comienza examinando el notable incremento de las relaciones entre la URSS y los países de la región, desde la década de los 60 y particularmente en los años 70, que abarcan tanto la esfera diplomática como la comercial, el transporte y los intercambios culturales y técnico-científicos.

Desde la Revolución de Octubre y la fundación del Estado soviético, los vínculos entre la URSS y América Latina fueron escasos e intermitentes.

En el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial, se mantuvieron apenas con México, Argentina y Uruguay. En esa limitación, y sin desconocer el clima prevaleciente de “guerra fría” en Occidente y las eventuales presiones directas de los Estados Unidos. Blasier le da más peso, lo que es discutible, al anticomunismo de las oligarquías latinoamericanas, que encontraban en la represión de los partidos comunistas locales y en el rompimiento con Moscú un elemento adicional para reforzar su poderío interno.

El profesor norteamericano analiza correctamente las causas que han llevado en la última década al notable incremento de las relaciones soviético-latinoamericanas: la Revolución Cubana, primero, al inicio de la década de los 60, y, posteriormente, en la década pasada, la mayor independencia de los gobiernos latinoamericanos en relación con el centro hegemónico norteamericano y su búsqueda de alternativas económicas, y, en general, el clima de distensión internacional de la época. En lugar de mayor independencia, sería tal vez preferible referirse a una mayor capacidad autónoma de negociación dentro de los marcos de una dependencia no cuestionada por el desarrollo de los últimos veinte; años, que despierta un

¹ Cole Blasier: *The Giant's Rival*. University of Pittsburgh Press. USA, 1983.

interés creciente en las burguesías de América Latina por relaciones con la Unión Soviética, aunque en algunos casos no sea mas que para mejorar su posición en todo regateo con los Estados Unidos.

En cualquier caso, hoy la Unión Soviética tiene relaciones plenas con los mayores países de América Latina y muchos de los pequeños, en marcado contraste con la situación que prevalecía en las épocas anteriores. Y Cole Blasier subraya, en oposición al enfoque tradicional de los *cold warriors*, el objetivo central de la URSS en el subcontinente, exceptuando, naturalmente, la situación de Cuba: el comercio.

Según este autor, el comercio de la URSS con América Latina —quien se apoya en sus análisis en estadísticas oficiales soviéticas, de la CEPAL y en fuentes norteamericanas—, pasó de 60 millones de rubios a principios de los años 60, a más de 3000 millones hacia 1981, incidiendo en la última cifra las grandes compras de trigo a la Argentina.

La URSS adquiere los tradicionales productos de la agricultura latinoamericana que le son necesarios, como trigo y carne, de Argentina; lana de Argentina y Uruguay; café de Brasil y Colombia; cacao de Ecuador, así como metales no ferrosos de Perú y estaño de Bolivia. La URSS exporta hacia América Latina, maquinaria, equipos de minería y de centrales hidro y termoeléctricas, camiones y otros productos como relojes, caviar, vodka y filmes.

El comercio soviético-latinoamericano muestra un déficit para la URSS que oscila en una cifra entre 1 800 y 2 000 millones de rubios. La URSS compra más a América Latina de lo que vende. Según Blasier, en 1980 las importaciones soviéticas desde América Latina constituían aproximadamente el treinta por ciento de las importaciones totales procedentes de países subdesarrollados, mientras sus exportaciones a la región representan entre el 1 y el 2 por ciento del total de exportaciones hacia el Tercer Mundo.

No obstante estas cifras, el profesor norteamericano considera que para la URSS, América Latina constituye potencialmente un gran mercado para sus maquinarias y equipos, dado que es una región más desarrollada que Asia y África, y mucho más capaz de adquirir productos terminados soviéticos. En este sentido, considera prometedoras para la URSS las perspectivas en grandes proyectos como hidroeléctricas y en la industria pesquera, en la cual tiene gran experiencia, como ha demostrado su colaboración con Cuba. También en equipos de transporte que han demostrado resistencia y durabilidad como camiones, *trolley buses* y helicópteros.

Aunque Blasier apunta que para los militares latinoamericanos resulta atractivo el mercado de armas alternativo que eventualmente puede ofrecer la URSS, sobre todo después de la trágica experiencia de la guerra de Las

Malvinas, hasta ahora —y exceptuando siempre a Cuba—, sólo Perú ha hecho significativas compras de este orden, como tanques y aviones de reacción.

En resumen, el autor considera que el comercio entre América latina y la URSS tiende a aumentar si no ocurren graves convulsiones globales.

Para Blasier, los equipos soviéticos en minería, hidroeléctrica y transporte pueden satisfacer las necesidades latinoamericanas, especialmente en los países andinos. A esto se añade que los precios de los productos soviéticos tienden a ser más bajos y que la URSS ofrece créditos en mejores términos. No cree, sin embargo, que ese comercio pueda exceder, en un futuro calculable, el nivel de relaciones que América latina mantiene con los Estados Unidos y Europa Occidental.

Como resumen de su panorámica de las relaciones soviético-latinoamericanas, el autor señala que la URSS ha obtenido los mayores progresos en las relaciones intergubernamentales, y menos relevantes en la esfera económica. Subraya en este sentido las enormes ventajas de que gozan aún las potencias occidentales en un área que, en conjunto, no es de interés prioritario para la URSS.

Por parte de América latina, el interés en estas relaciones radica, por un lado, en que son una forma de expresar o reafirmar la independencia y la soberanía reales, contribuyen a aumentar el espacio de maniobra de estos gobiernos en sus negociaciones con los países de economía de mercado, y pueden reportar concretos beneficios materiales.

Para Blasier, no obstante, el futuro de estas relaciones estará en dependencia del progreso en la relación bilateral soviético-norteamericana y de la distensión. Como en épocas pasadas, el agudo deterioro de las relaciones entre las dos mayores potencias se reflejaría en una polarización en el hemisferio, que podría llevar a confrontaciones mayores incluso que durante la primera “guerra fría”.

Blasier dedica un capítulo a examinar los partidos comunistas en América Latina, a partir de la premisa de que no se pueden estudiar las relaciones de la URSS con el subcontinente sin atender a este aspecto.

Aunque partiendo del tradicional enfoque prevaleciente en los medios académicos norteamericanos sobre la dependencia de los partidos latinoamericanos al apoyo y la influencia del PCUS, el autor reconoce que el liderazgo en cada una de estas organizaciones es nacional, y muestra una continuidad desconocida en otras fuerzas políticas. Considera, en este orden. Que, aunque numéricamente inferior a otras formaciones como los socialdemócratas o demócratacristianos, el movimiento comunista en América Latina, por su extensión a todos o casi todos los países, su persistencia y continuidad, muestra un progreso no desdeñable.

Aunque recuerda insurrecciones armadas en la década de los 30 en El Salvador y Brasil, en que los comunistas tuvieron un papel protagónico, subraya que en el triunfo de la Revolución Nicaragüense, y actualmente en El Salvador, el papel de los comunistas ha sido menos determinante.

De ahí concluye la falsedad de las tesis que exageran el papel y la influencia de la URSS en el desencadenamiento de estos procesos, que tienen raíces domésticas, como subraya en otra parte del libro.

Destaca, sin embargo, que el compromiso soviético con los movimientos de liberación nacional y el objeto final del socialismo es sostenido de manera mucho más firme, articulada y consistente, que el compromiso norteamericano en favor de la democracia y la libre empresa en otros países.

Cuba es examinada en un capítulo especial, por la importancia de sus nexos con la URSS, como único país socialista en el hemisferio. En su tratamiento de la experiencia cubana, Blasier enfatiza las raíces nacionales de la revolución, el papel dirigente de una fuerza como el Movimiento 26 de Julio (que no pertenecía al movimiento comunista internacional) y las medidas punitivas adoptadas por la administración Eisenhower, que, de hecho, dejó a la ayuda soviética como única alternativa para la supervivencia de la Revolución.

Si bien examina esa ayuda en los términos convencionales en los Estados Unidos, que soslayan el carácter ejemplarmente internacionalista de esos; vínculos, modelo de lo que debería ser un nuevo orden económico internacional, el autor señala al propio tiempo la independencia de la dirigencia y el Partido Comunista de Cuba. En lo que respecta a la política exterior —y concretamente en lo que se refiere a la guerra de Angola—. Blasier confirma la autonomía de la presencia cubana y apunta a los viejos vínculos de colaboración existentes entre los cubanos y el MPLA. Incluso en lo que se refiere a Etiopía y al tan manido caso de Eritrea, utilizado con propósitos anticomunistas por los medios de propaganda occidentales, el profesor reconoce que “las fuerzas cubanas y soviéticas rehusaron actuar contra los eritreos, y favorecieron una solución negociada y no impuesta del conflicto”.²

Destaca la importancia de la ayuda militar soviética a Cuba, indispensable para la supervivencia de la Revolución, que capacita a la isla, si no para rechazar un ataque norteamericano de gran envergadura, sí para infligir pérdidas que signifiquen un precio muy cruel por la victoria, perspectiva que,

² Ibidem, p. 113.

sin duda, ejerce un efecto disuasivo sobre un eventual agresor, En este marco, el autor destaca la voluntad de los cubanos, reiterada en diversas ocasiones por el líder de la Revolución, Comandante Fidel Castro, de estar dispuestos a defenderse por sí mismos.

El análisis que hace Blasier del movimiento comunista en América Latina y su estudio de la experiencia revolucionaria cubana, ofrecen información y argumentos adicionales contra la “teoría” de la conspiración desde el Kremlin, pese a algunos enfoques no siempre adecuados.

El libro concluye examinando cómo debe ser la política norteamericana en la región, y adelanta algunas sugerencias que pueden considerarse positivas en su conjunto.

Para Blasier, el mayor error de percepción cometido por el gobierno norteamericano en América latina (particularmente desde 1945) es considerar que las revoluciones sociales han sido provocadas por la URSS, actuando a través de los partidos comunistas nacionales. En este marco, el autor subraya que la URSS no suministró armas para la toma del poder en Guatemala, Cuba, República Dominicana, Chile o Nicaragua, y que las revoluciones sociales en el subcontinente tienen raíces internas.

Critica asimismo la tendencia de los líderes norteamericanos a ver en todo político latinoamericano de izquierda o socialista, un representante de Moscú, soslayando sus fuertes compromisos nacionalistas. Como resultado, las reacciones de Washington a las revoluciones en la región se producen siempre en términos de políticas domésticas norteamericanas y de la rivalidad soviético-estadounidense, más que en términos de la problemática propia de América latina. Subraya en este sentido cómo la burocracia del Departamento de Estado y otras esferas de gobierno, en vez de informar objetivamente a los líderes, tratan por el contrario de subordinarse a sus prejuicios, en un afán carrerista y oportunista. Y esto en un país, donde, destaca Blasier, “la mayoría de los líderes, como el público, no están equipados ni por temperamento ni por la experiencia histórica a entender las revoluciones sociales”.³

A partir de estos errores o deficiencias de percepción, los dirigentes de Washington han producido interferencias o intervenciones en la vida política de varios países latinoamericanos, que, a juicio del autor, han tenido efectos negativos. Ni en Guatemala, ni en República Dominicana, ni en Chile, esas intervenciones resultaron en el fortalecimiento proclamado de la democracia, y en Cuba tuvieron por efecto acelerar lo que precisamente se buscaba evitar: el establecimiento de estrechos vínculos con la URSS,

³ Ibid. p. 156

Por esto, el profesor norteamericano sugiere tres reglas que deben presidir la política hemisférica de los Estados Unidos si esta pretende ser eficaz:

1) Washington debe prevenir que la URSS adquiera bases militares en el continente americano; 2) Los Estados Unidos no deben intervenir unilateralmente con fuerzas armadas en países de América Latina; 3) Los Estados Unidos no deberían intentar determinar el liderazgo político de ningún país de América latina, ya sea a través de asistencia económica o militar o de interferencia política.

Blasier subraya que estas reglas no son después de todo algo nuevo, sino que constituyen política oficial del gobierno norteamericano. Sólo se trata de aplicarla consecuentemente. La primera regla fue afirmada por el presidente Kennedy y apoyada por todos los presidentes posteriores; la segunda es política oficial de Washington desde Franklin Delano Roosevelt, y quedó plasmada en la Carta de Naciones Unidas y en los acuerdos interamericanos, incluyendo la OEA; la tercera está implícita en los compromisos de los Estados Unidos en el sentido de respetar la soberanía, la independencia y la integridad territorial de otros países.

El autor admite francamente que su primera regla da lugar a la objeción de que los Estados Unidos no tienen derecho a controlar las relaciones militares de otros países con la URSS, pero entiende que esa regla se corresponde con las realidades políticas porque la opinión pública norteamericana no aceptaría bases soviéticas en este hemisferio, y esta, por tanto, es una condición *sine qua non* de toda política esclarecida de Washington hacia la región. Blasier, desde luego, se revela aquí como un ciudadano del imperio, que se arroga el derecho de instalar bases militares en cualquier lugar del planeta que le parezca oportuno.

Con esta reserva, debemos reconocer que las reglas que sugiere el profesor norteamericano constituyen la base de una sana política hacia América Latina, así como su conclusión final de que una América latina verdaderamente independiente de los Estados Unidos sería al propio tiempo más capaz de mantenerse independiente en sus relaciones internacionales globales.

Falta saber si la oligarquía financiera norteamericana y la élite política —que, en última instancia, sirve sus intereses en los estratos gubernamentales de Washington— es capaz de aceptar una América latina verdaderamente independiente. Porque en todo su análisis, incuestionablemente medido, Blasier soslaya, o al menos no sitúa en el lugar adecuado, las muy reales y concretas relaciones de dependencia de la periferia latinoamericana al centro hegemónico norteamericano, relaciones estructurales implícitas en la propia dinámica del funcionamiento capitalista.

Cabe preguntarse hasta dónde llegan los errores o deficiencias de percepción de la realidad latinoamericana, y si no sería más preciso hablar de intolerancia hacia todo cambio que parezca amenazar la hegemonía y la supremacía hemisférica de los Estados Unidos. Esto es lo que arroja el balance histórico hasta hoy, por encima de los matices coyunturales que ofrecen las capacidades de intelección de las élites gobernantes de turno en Washington.

En cualquier caso, el libro de Cole Blasier tiene el mérito —y no es poco, dadas las actuales circunstancias del contexto americano— de contribuir a despejar los errores de percepción, si efectivamente los hay, o a poner al desnudo la retórica ideológica que encubre los afanes intervencionistas para preservar la supremacía norteamericana en el continente.